

En el verano de 1834 Balzac escribía *La búsqueda de lo absoluto* que salió a luz en el mes de octubre del mismo año. Unas semanas más tarde, el 15 de noviembre, Sainte-Beuve publicó en la *Revue de Deux Mondes* una crítica de dicha novela. Después de una rápida revisión de toda la creación del novelista, incluyendo sus ensayos juveniles publicados bajo seudónimo, escribe Sainte-Beuve:

“*La búsqueda de lo absoluto*, última publicación de Balzac, no es una de sus mejores novelas. Pero a través de circunstancias fabulosas e injustificables, esta historia tiene mucho movimiento, mucho interés y es una de aquellas obras en donde mejor se puede estudiar al desnudo la manera de escribir del autor, sus inclinaciones y sus defectos. Balthazar Claës, que une las riquezas de la antigua Flandes con la más alta nobleza española, habita en Douai en casa de una de sus opulentas familias. Llegó joven a París, hacia el año de 1783. Se hizo presentar en la mejor sociedad, en casa de la señora de Egmont, de Helvetius, quien había muerto hacía ya varios años. Pero el anacronismo tiene poca importancia. Balthazar estudió la química con Lavoisier y se había retirado del torbellino mundano para casarse con la señorita de Temninck con quien vive en una larga y fiel felicidad. Pero a partir de 1809, los modales de Balthazar cambian paulatinamente, una pasión secreta se apodera de él que lo arranca por completo de la sociedad, de los tulipanes y aun de las alegrías domésticas de las que disfrutaba con candidez. De nuevo se convierte en químico. Sus primeros trabajos con Lavoisier recuperan toda su atracción y lo incitan a continuarlos. Un oficial polaco que pasa en esta época por Douai y conversa con Balthazar, provoca en él esta súbita revolución. Balzac parece creer que no hay sino un paso entre la afición a la alquimia y las lecciones de Lavoisier, cuando en realidad hay un abismo; es como si uno se convirtiera en astrólogo después de haber sido discípulo de Laplace. Sea como sea, desde este momento se entrega Claës a la búsqueda de lo *absoluto*, lo que para él quiere decir la transmutación de los metales y el secreto de producir oro. Se abandona a esta tarea con obstinación.

Hace morir de pena a su esposa. Se arruina, o por lo menos se arruinaría, si la imaginación del novelista no llegara sin cesar en ayuda de esa fortuna que se funde en el crisol, y si la hija mayor de Claës no reparara a tiempo cada desastre como una hada que extiende una vez tras otra su varita de oro”.

Luego de expresar que la descripción de las riquezas de la casa de Claës le parece muy exagerada, prosigue el crítico de Balzac:

“En medio de todas estas maravillas que despilfarra, de estos tesoros que convierte en humo, Balthazar Claës... es proclamado a todo instante hombre de genio, y sus actos desarreglados y hasta crueles con su familia nos son presentados como la consecuencia inevitable de una inteligencia superior en desacuerdo con lo que lo rodea. En efecto, Balzac prodiga con gusto a sus personajes los términos de genio, como les prodiga los tesoros... Pero ya es tiempo de decir que a través de todas estas quimeras del alquimista y del novelista que parecen no ser sino una sola persona, lo que se destaca a maravilla es la insaciable esperanza del adepto: lo que reina y palpita es su fiebre ardiente, incurable, una fiebre ávida de credulidad. Uno se impacienta de oír cómo se lo elogia por su genio. Es tratado de loco delirante, y a sus familiares se los acusa de debilidad porque todavía no lo han hecho recluír en un manicomio. Se tiembla cuando se ve a su hija mayor obtener para él, con el fin de arrancarlo de su laboratorio, un puesto de cobrador de impuestos en Bretaña... ¡Nos conmovemos, y finalmente nos inclinamos a pesar nuestro sobre este abismo insaciable! Qué mezcla singular y contradictoria en el novelista que quisiéramos juzgar aquí, sin hacer nuestra palabra más severa que nuestro pensamiento... ¡Qué mezcla de todo esto, y también de situaciones domésticas tan frecuentemente enternecedoras, con tantas digresiones divagantes y fantasías increíbles! La señora de Claës es una de aquellas mujeres que le gustan al novelista: fea, casi contrahecha, y sin embargo seductora; una mujer de cuarenta años, cada vez más adorable y rejuvenecida. Cuántas lectoras, al leer esta descripción, se sentirán silenciosamente halagadas y como magnetizadas por el autor. Esta figura de la señora de Claës, en quien las *vacilaciones magnéticas* y las *proyecciones fluidas de las miradas* son prodigadas, así como lo son

en el retrato de Balthazar las *ideas devoradoras destiladas por una frente calva*, me ha hecho recordar el género de retratos de Vanloo y de otros pintores en los cuales detalles encantadores y llenos de finura se alían con una manera de pintar relumbrante y detestable, una manera sin precisión, sin firmeza, sin pureza. 'Las personas deformadas que tienen *esprit* o una alma bella, dice Balzac a propósito de su heroína poco normal, aplican a su tocado un gusto exquisito. O se visten simplemente comprendiendo que su encanto es completamente moral. O saben hacer olvidar el defecto de sus proporciones por medio de una cierta elegancia en los detalles que divierte la mirada y ocupa la mente'. Es imposible observar más delicadamente y decirlo mejor. La señora de Claës también nos conmueve cuando al ver en los primeros tiempos a su marido escapándose, sin comprender la causa, 'espera un regreso del afecto y se dice cada noche: será mañana, tratando a su felicidad como un ausente'. Pero lo que choca pronto y reaparece indiscretamente varias veces, son las alusiones directas a secretos de alcoba y a situaciones conyugales, fácilmente displicentes, que recuerdan demasiado al teórico de la *Fisiología del Matrimonio*".

Si el resumen de la novela está hecho con poca simpatía al novelista, todo el veneno de Sainte-Beuve se revela sin embargo en la parte final de la reseña, en la cual hay claras insinuaciones de que Balzac utilizó en esta novela un folleto de un desgraciado alquimista de nombre Cyliani. Dice el crítico:

"La última novela de Balzac, nos ha proporcionado la ocasión de leer un folleto cuyo tema es el mismo pero que contiene una historia verdadera y muy reciente. No hay duda que si Balzac hubiera conocido esta pequeña obra, habría dado a su libro el sello de realidad que le hace falta y se habría preservado de muchas afirmaciones falsas. Un alquimista de nuestros días (porque todavía los hay esparcidos en todas partes y ocultos en gran número) hizo imprimir en 1832 en la tipografía de Félix Locquin, calle de Nuestra Señora de las Victorias, el relato de sus tribulaciones y de su descubrimiento bajo el título de *Hermes desenmascarado*. El autor de este relato que no se nombra (en los registros de la Biblioteca Nacional de París aparece como autor Cyliani. Nota de J. Z.), es evidentemente un hombre virtuoso, de

una perfecta buena fe, sensible de corazón y penetrado por la verdad de lo que narra. Citaremos el principio: 'Como el Cielo me ha permitido lograr hacer la piedra filosofal después de haber pasado treinta y siete años en su búsqueda, después de haberme desvelado por lo menos durante mil quinientas noches, después de haber experimentado desgracias sin número y pérdidas irreparables, he creído mi deber ofrecer a la juventud, la esperanza de su país, el cuadro desgarrador de mi vida para que le sirva de lección y al mismo tiempo la aparte de un arte', etc.

En efecto, el honesto alquimista, aunque haya descubierto el secreto de la transmutación, conserva aun en su triunfo un sentimiento tan profundo de su infortunio pasado, que desearía apartar a los jóvenes de los peligros de esta ciencia hermética en el momento mismo en que él la descubre oscuramente. Sus experiencias, pobre hombre, fueron grandemente amargas. Bernardo de Palissy (sabio francés que fue perseguido por ser hugonote y que murió probablemente en La Bastilla. Nota de J. Z.) en su tiempo no las tuvo tan lamentables. Casado joven, llegando a ser padre de una familia numerosa, el alquimista, que no se designa a sí mismo sino como el infortunado Ci. . . , malgasta la dote de su mujer, ve morir a todos sus hijos de miseria y pena, pero muestra en todos estos dolores que lo rodean simpatía mucho más activa y humana que Claës. Este sentimiento de benevolencia hacia los hombres y de compasión para los suyos que se mezcla con una búsqueda tan obstinada, es un rasgo natural que Balzac no ha adivinado ni respetado suficientemente. Cada línea de este opúsculo anuncia a un trabajador apartado del mundo que ignora ingenuamente la realidad de las cosas y habla de ella con un cierto infantilismo. Pero el más conmovedor y el más inimitable, es el pasaje en el cual relata su descubrimiento y las sensaciones inauditas que lo agitaron tan pronto brilló el mercurio bajo sus miradas convertido en oro.

'¡Cuán viva y grande fue mi alegría! Estaba fuera de mí. Hice como Pigmalión, me arrodillé para contemplar mi obra y agradecer por ella al Eterno. Empecé a derramar un torrente de lágrimas. ¡Cuán dulces eran ellas y cuán aliviado estaba mi corazón! Me sería difícil pintar aquí todo lo que yo sentía y la situación en que me encontraba. Varias ideas se me ofrecían a la vez:

la primera me llevaba a dirigir mis pasos al rey-ciudadano (se trata del rey Luis Felipe I. Nota de J. Z.) y confesarle mi descubrimiento. Otra, a hacer en un día suficiente oro para fundar diversos establecimientos en la ciudad que me vio nacer. Otra idea me llevaba a casar el mismo día tantas niñas cuantos barrios hay en París, ofreciéndoles dote. Y otra idea, a procurarme la dirección de los pobres tímidos y a ir yo mismo a distribuirles ayuda a domicilio. Finalmente comencé a temer que mi alegría me hiciera perder la razón. Sentí la necesidad de hacerme violencia y entregarme a mucho ejercicio paseándome por el campo, lo que hice durante ocho días consecutivos. No pasaban unas horas sin que me quitara el sombrero, y levantando los ojos al Cielo, le agradeciera por haberme otorgado semejante beneficio, y sin que vertiera abundantes lágrimas. Por fin llegué a calmarme y sentir a cuántos peligros me exponía haciendo semejantes diligencias. Después de maduras reflexiones, tomé la resolución de vivir en el seno de la oscuridad sin brillo y limitar mi ambición a hacer feliz a la gente sin permitir que me conocieran'.

"El Jueves Santo de 1831, a las 10 y 7 minutos de la mañana, el alquimista había logrado él solo la transmutación, prosigue Sainte-Beuve, entrando luego en comparaciones absurdas. Anotó el día y la hora como Dante y Petrarca lo hicieron con el día y el instante benditos en que vieron a sus divinidades. La página que acabo de citar del buen alquimista casi me parece recordar en su ingenua alegría ciertos pasajes de la *Vita Nuova*. El alquimista volvió a ejecutar la transmutación ante su esposa el lunes de Pascua. Compró un ramo de laurel y un tallo de siempreviva para anunciarle dignamente esta nueva. Toda esta conclusión doméstica está llena de simplicidad, de ternura y de sabiduría. La novela se hace envidiar aquí de la realidad. El alquimista, poseedor del maravilloso secreto, vive con poco, distribuye sus ganancias sin ostentación y se acuerda de sus desgracias. ¡Hermosa lección a todos nosotros, poetas, novelistas y hombres! ¡Feliz quien en su vida laboriosa y de intimidad entrelazada con sus obras, sabe realizar un poco de oro puro! ¡Que se considere satisfecho de su suerte y agradezca a los dioses!"

Sainte-Beuve termina su artículo sobre *La búsqueda de lo absolu-*

to en este tono lírico y notablemente irónico. Los críticos de nuestros días confiesan que es difícil demostrar que Balzac haya leído el opúsculo de Cyliani como también lo es que no lo haya leído. Además, surgen otros posibles modelos: uno de ellos es Augusto Doumerc, hijo de un financista, de quien se dice que su mujer murió de pena y que su monomanía hizo sufrir terriblemente a su hija. Otro es el polaco Alejandro Chodkiewicz, pariente de Evelina Hanska, amante de Balzac. Chodkiewicz se dedicó a la química y se arruinó. Existen por consiguiente varias posibilidades: Balzac pudo haberse inspirado en una de estas fuentes, en las tres, o en ninguna de ellas, ya que las historias de los alquimistas son tan antiguas como la misma alquimia.

Sea lo que sea acerca de las fuentes de la obra balzaquiana, es indudable el deseo del crítico de herir al novelista: encuentra varios y notables defectos en *La búsqueda de lo absoluto*; da a entender que, en cuanto al realismo, es inferior al folleto del lunático Cyliani; compara a este último con Petrarca y Dante, e insinúa con indicaciones cronológicas que Balzac ha podido plagiar el folleto. Todas estas atrocidades, signos evidentes de la falta de objetividad crítica, no pueden explicarse desde un punto de vista puramente literario sino que dejan entrever una enemistad personal entre el crítico y el novelista. La antipatía es quizás explicable por la rivalidad de ambos escritores frente a la marquesa de Castries. Amante de Balzac desde hacía algún tiempo (el novelista se inspiró en ella cuando escribió *La duquesa de Langeais*), la marquesa se interesó mucho en Sainte-Beuve después de que éste publicó en el mes de julio de 1834 su única novela *Voluptuosidad*. El nuevo afecto de la marquesa debía ser bastante fuerte para que Balzac se sintiera molesto y para que, queriendo romper las relaciones con ella, le escribiera una dura carta. De Castries, al principio reaccionó con cólera, pero después quiso reconquistar a Balzac, como lo atestigua su carta dirigida al novelista el 29 de octubre de 1834. En los mismos días Sainte-Beuve escribía su crítica de *La búsqueda de lo absoluto* y, al parecer, aprovechó la ocasión de ridiculizar a su rival.

Si creemos a Sainte-Beuve, la reacción de Balzac frente a esta crítica fue una explosión de cólera:

“Julio Sandeau, escribe el crítico, me ha narrado varias veces que estaba con Balzac en el momento en que este artículo de

la *Revue de Deux Mondes* llegó a sus manos. El gran novelista que contaba con un artículo muy elogioso y favorable, se puso a leerlo en voz alta. Las primeras páginas no le disgustaron demasiado y, de bastante buen humor, continuó la lectura. Pero de repente su rostro se ensombreció; botó la revista y exclamó con cólera: ‘Me las pagará. Le atravesaré su cuerpo con mi pluma’. Y agregó para completar su venganza: ‘Reharé *Voluptuosidad*’. Esta última novela acababa de aparecer”.

Así comenzaron las hostilidades entre los dos hombres de letras quienes nunca depusieron sus armas. En esta guerra literaria los golpes se suceden unos a otros. Balzac “remodela” *Voluptuosidad* en su novela titulada *El lirio en el valle* (1835-1836), lo que considera Sainte-Beuve como un sacrilegio: su novela es demasiado autobiográfica para poder ser remodelada por otro autor.

“Como una falsificación, escribía Sainte-Beuve diez años después de la muerte de Balzac, de mi novela *Voluptuosidad*, *El lirio en el valle* no podía lograr su propósito, porque al escribir mi obra, que es muy poco novelesca, yo pintaba caracteres verdaderos, situaciones observadas y sentidas. . . Las almas que yo describía y mostraba al desnudo eran almas vivas que había conocido y en las que había leído; la señora de Couaën no era una invención. . .”.

(En realidad, era Adela, esposa de Víctor Hugo, de quien se había enamorado Sainte-Beuve).

El autor de *Voluptuosidad* consideraba que este mundo y estas almas estaban cerradas para Balzac. Autosuficiencia de un hombre de letras. Porque si en la época de la edición de *El lirio en el valle* los críticos recibieron la novela muy fríamente y la consideraron inferior a la obra de Sainte-Beuve, en nuestro siglo, por el contrario, la victoria se le otorga a Balzac.

“Admirable escritor, exclama Paul Claudel escribiendo sobre *El lirio en el valle* de Balzac, no importa qué piensen los profesores enamorados de cacografías a la Sainte-Beuve”.

Y André Maurois añade:

“Balzac había querido, al pintar el cuadro, derrotar a su enemigo Sainte-Beuve en su propio terreno. Y ganó en toda la línea”.

Balzac quiso asestar un duro golpe a su adversario en 1840, cuando éste publicó el primer tomo de su *Port-Royal*. En el artículo de Balzac dedicado a este libro y publicado en la *Revue parisienne*, encontramos perlas como las siguientes:

“Sainte-Beuve ha tenido la aplastante idea de resucitar el género aburrido... Leyendo a Sainte-Beuve, el aburrimiento cae sobre uno como una lluvia fina que acaba por calarle los huesos... En una cosa merece este autor que se le alabe: frecuenta poco el mundo y sólo esparce el aburrimiento con su pluma... La musa de Sainte-Beuve es de la naturaleza de los murciélagos... Su oración da vueltas en la sombra como un chacal...”.

A los insultos sacados del vocabulario zoológico se agregan muchísimas observaciones críticas, algunas justas, pero en su mayoría absurdas y erróneas, pues la ignorancia de Balzac en la historia del jansenismo era bastante amplia. El tono de la crítica no hace honor a Balzac, cuya única excusa puede ser la de que Sainte-Beuve fue el primero en empezar la pelea.

En el año 1850 muere Balzac. Su hermana, no se sabe por qué motivo, invita a Sainte-Beuve a asistir al entierro. Este asiste, y va junto al ataúd con V. Hugo y A. Dumas. Sin embargo, en el artículo asaz superficial que dedica unas semanas más tarde a Balzac, Sainte-Beuve, a pesar de sus afirmaciones de que escribe “con un sentimiento desprovisto de todo recuerdo personal”, no deja de disparar alguna flecha envenenada contra el novelista. Es cierto que reconoce el éxito de Balzac en Europa, pero habla de su “estilo a menudo quisquilloso y disolvente, enervado y... de deliciosa corrupción”; le reprocha sus aficiones a las teorías lunáticas de Swedenborg, Mesmer, Cagliastro, etc., y lo que es más grave, considera que George Sand es superior a Balzac como escritor.

En el año de 1860, Sainte-Bauve replica en su segunda edición de *Port-Royal*, las críticas publicadas por Balzac hacía veinte años.



La réplica es fácil, pero la discusión tampoco esta vez sabe evitar las alusiones desobligantes a la grandeza de Balzac que en aquella época ya era reconocida por toda la generación joven de hombres de letras franceses. La ceguera debe explicarse quizás no sólo por la enemistad irreconciliable que existía entre los dos escritores, sino también por un rasgo del carácter de Sainte-Beuve que no le permitía perdonar la genialidad de sus contemporáneos. Como Sainte-Beuve muere en 1869, la historia podría considerarse por terminada.

Pero en 1970, el escritor colombiano García Márquez fue acusado de haber plagiado *La búsqueda de lo absoluto* de Balzac, que para Sainte-Beuve parecía ser un mal plagio del folleto de Cyliani. Es una historia sin fin, la historia de acusaciones absurdas.